



Un grupo de voluntarios espera pacientemente su turno para ayudar en las labores de búsqueda ayer en Ciudad de México. / A. ESTRELLA (AFP)

El seísmo y el deseo de participación en una sociedad políticamente anquilosada detonan una masiva movilización juvenil

Los jóvenes muestran su músculo social

DAVID MARCIAL PÉREZ, México
 Diego Saez nunca había tomado de las manos a una persona desencajada por el dolor, se había sentado junto a ella para ayudarle a sentir que la tierra ya no se movía, y sin soltar sus manos, nunca había guardado un silencio cálido y envolvente mientras otra persona aullaba de angustia y desesperación. Saez, 23 años, estudiante de diseño gráfico en una universidad privada y vecino de Polanco, una de las zonas más acomodadas de Ciudad de México, lleva desde este martes volcado en ayudar a los demás. Como él, decenas de miles de jóvenes están protagonizando una formidable y masiva demostración de solidaridad que ha llegado a desbordar las necesidades de ayuda ciudadana después del terremoto. Muchos de estos jóvenes, esa generación sobre la que planea la sombra de la pasividad y el en-simismamiento digital, están viviendo su primera experiencia de acción colectiva.

“Lo siento como un deber”, dice Saez tres días después del seísmo que a su paso por la capital ha dejado más de un centenar de muertos, decenas de edificios destruidos y una desasosegante vulnerabilidad. “No es por algo patriótico, no hago esto por un sentimiento mexicano. Lo que me mueve es ver a la gente sufriendo, han perdido su casa, tienen familiares muertos y siento que si no colaboro esto solo puede ir a peor”, dice desde Condesa, uno de los barrios más afectados.

Se suma a una veintena de jóvenes —todos veinteañeros—, armados con chalecos naranja reflectante, cascos y su nombre, su número de teléfono y su grupo sanguíneo escrito en el brazo. Son las brigadas de apoyo, grupos autoorganizados y autónomos que desde el primer día del temblor recorren la ciudad descargando coches con víveres y medicinas, limpiando cascos o poniéndose al servicio de los grupos de rescate profesionales.

“Somos un país unido. El pueblo se ha levantado y los jóvenes estamos aquí para ayudar”, dice desde otro punto de la ciudad Eli Ferrán, estudiante de bachillerato de 18 años. “El Estado no está respondiendo a esta tragedia, somos nosotros los que estamos dando la cara”, defiende Montserrat González, 24 años. “El terremoto ha demostrado que hay mucha fuerza civil pero falta organización. Nuestro sistema político es muy deficiente en términos de organización social. Podríamos hacer mucho más, pero toda esta energía se pierde por culpa de

Universitarios y aprendices, unidos ante el terremoto

Los grandes centros universitarios del país han cerrado durante toda la semana. El acontecimiento sísmico ha abierto una brecha en la tierra y en el tiempo. No solo para los jóvenes universitarios. Entre los voluntarios, también se presentaron medias cuacharas, como se le llama en México a los peones o aprendices de oficios. Adolescentes que ya trabajan de albañiles, electricistas, fontaneros, que ganan apenas 50 pesos diarios (poco más de

La solidaridad demostrada ha llegado a desbordar las necesidades

“El Estado no responde, nosotros damos la cara”, dice una chica de 24 años

dos euros) y que cuando pase el fervor solidario de estos días seguirán cobrando lo mismo.

“Creo que somos una generación que está buscando su sentido. Si nos comparamos con la que vivió las revueltas estudiantiles del 68, por ejemplo, creo que estamos un poco perdidos y es verdad que somos individualistas”, reflexiona el estudiante de Historia de la UNAM, César Deciga.

los políticos. Es lo mismo que pasó en el otro terremoto, el de 1985. Mi papá estuvo ahí y ahora me toca a mí”, apunta César Deciga, 22 años, estudiante de la UNAM.

Reproches y desconfianza ante las instituciones, empatía movilizadora frente al dolor ajeno y el ejemplo inspiracional de otra generación, la de sus padres, que vivió una catástrofe aún más devastadora, aquel terremoto de hace 32 años que dejó 10.000 víctimas.

México, como toda América Latina, es un país joven. Casi una tercera parte de la población tiene menos de 30 años, mientras en la envejecida Europa apenas llega al 15%. Los cauces de participación juvenil política y social son sin embargo mucho más estrechos. Apenas el 5% está implicado en alguna organización. “Las jóvenes generaciones si están dispuestas a involucrarse pero no del modo tradicional, no dentro del sistema corporativista y vertical heredero de la hegemonía priísta. Ante un vacío de organizaciones políticas o sociales, con una legitimidad lastrada por la corrupción y la impunidad, estamos constatando que desean tener presencia social. Buscan dotarse de un sentido de colectividad y apoyo mutuo, sentirse vivos políticamente”, apunta Manuel Gil Antón, investigador del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México (Colmex).

“Somos un país con una capacidad muy rápida para la acción y la protesta, pero nos cuesta mantenerla para que los procesos colectivos duren en el tiempo”, señala Gil Antón, que pone como ejemplos el movimiento generado tras la desaparición de los 43 de Ayotzinapa. “No creo que esta vez sea diferente. Los jóvenes volverán a su normalidad pasados unos días porque no hay estructuras organizativas. En todo caso, el deseo está siendo genuino”.